

vez, dice el excelente observador citado, vimos un rebaño de estos magníficos animales paciendo tranquilamente en la vertiente de la montaña á una distancia de medio kilómetro, no queríamos dar crédito á lo que veían nuestros ojos.» Seguros de que no se verán molestados, ni siquiera toman estos animales la precaucion de colocar centinelas, y pacen tambien sin estos en profundidades á las cuales podría fácilmente aproximarse un cazador práctico y experimentado; no cometen, sin embargo, tal imprudencia ni se muestran ciertamente tan confiados en las estepas de los kirguises. El argali, al modo que los otros carneros salvajes, da muestras de una necia curiosidad, que no pocas veces pone en inminente peligro su vida: ya el viejo Steller cuenta que los cazadores de Kamtschatka distraían al musmon de las montañas, que vive en aquellas cordilleras, probablemente á un congénere de este rumiante, suspendiendo su ropa de una pértiga, y que mientras el animal contemplaba aquella especie de maniquí, se acercaban ellos por otro lado hasta tenerlo á tiro: Przewalski observó lo mismo en el argali, y comprobó la verdad de lo que le habian dicho los mogoles, colgando su camisa del extremo de la baqueta de su fusil, con lo que logró llamar durante un cuarto hora la atención de un rebaño que habia emprendido ya la fuga.

Además del hombre persiguen á este animal el tigre y el lobo; pero rara vez logran apoderarse de los adultos y si tan solo de alguno de los pequeñuelos. El mas temible enemigo de estos es sin duda el águila de los Alpes: su ojo perspicaz y penetrante no se deja engañar por los corderillos, aun cuando se oculten y permanezcan inmóviles y como petrificados en su sitio, de modo que caen presa del ave de rapina, si la madre no llega á tiempo para salvarlos. Cuando nuestras cacerías en las montañas de Arkat, los kirguises nos presentaron un corderito destrozado por aquella formidable ave, la cual habia logrado apoderarse de él durante unos breves instantes de ausencia de la madre, ahuyentada por los batidores.

CAZA.—La del argali exige un cazador experimentado y práctico en el oficio, por mas que la topografía de los lugares donde paca el animal, no ofrezca particulares dificultades. En las montañas de Arkat los kirguises que cazaban en nuestra compañía, le perseguían á caballo y podían seguirle así montados casi por todos los sitios; otro tanto puede decirse de los que le persiguen á pié en otras montañas habitadas por él. Las dificultades que presenta la caza del argali, estriban en que no se le puede batir y menos sorprender en todos los lugares, siendo además indispensable herirle mortalmente para apoderarse de él: el argali que yo maté, habia recibido ya una bala por detrás del pecho, y á pesar de esto continuó recorriendo una distancia de mil pasos; trepó, como si nada de particular le hubiese sucedido, á una montaña escarpada, y probablemente no hubiera conseguido apoderarme de él, á no cortarle el camino y dispararle en el pecho que es muy difícil matar al animal con arma de fuego, pues no sucumbe sino muy tarde á las mas graves heridas, recorre aun con los pulmones destrozados varios centenares de pasos y solamente despues cae derribado. Segun sus observaciones, las horas de la mañana y de la tarde son las mas á propósito para esta caza; oigamos lo que dice sobre el particular: «Al oír un simple tiro, llénase de espanto todo el rebaño; lánzase en seguida en precipitada fuga; pero se para otra vez en seguida para cerciorarse de la inminencia del peligro y se detiene á veces tanto en un mismo sitio, que el cazador tiene tiempo suficiente para cargar su carabina y disparar de nuevo. Si uno de los individuos del rebaño cae muerto al suelo, detiéndose al instante todos los demás para mirar á su com-

pañero derribado, y sobreviene entre ellos un momento de turbacion, el cual aprovecha el cazador para tirarles nuevamente.»

CAUTIVIDAD.—Dos pequeñuelos muy vivaces, los cuales fueron llevados vivos á las yurtas ó apriscos por nuestros compañeros de caza, se acostumbraron sin dificultad á mamar de las tetas de una cabra, y se habria sin duda logrado conservarlos, si los kirguises se hubiesen decidido á seguir los consejos de nuestro maestro de caza, el general de Poloratski, y les hubieran dispensado los mismos cuidados que á sus animales domésticos. No seria del todo difícil apoderarse de un gran número de estos corderitos, y en el caso de poderlos amansar, se habria obtenido un nuevo animal doméstico, el cual podría llegar á tener grande importancia: reunen las mejores condiciones para ser aclimatados en nuestros países, pues soportan los rigurosos frios del invierno con la misma facilidad que los ardientes calores del verano.

USOS Y PRODUCTOS.—La carne del argali es muy estimada entre los kirguises, y es en verdad excelente, aunque tiene un sabor algo fuerte y picante.

EL MUSMON KATSCHKAR—MUSIMON KATSCHKAR

El célebre viajero de la Edad Media, Marco Polo, el cual recorrió á últimos del siglo XIII el Asia central, refiere que en la meseta de Pamir situada al este de Bocara, á unos 5,000 metros de elevacion sobre el mar, encontró muchos carneros salvajes de gigantesca talla, con cuernos de tres, cuatro y hasta seis palmas de largo, los cuales eran utilizados por los pastores para conservar su comida. Muchos de los citados carneros eran presa de los lobos, de manera que se encontraban en diferentes sitios grandes cantidades de cuernos y huesos dispuestos en montones, los cuales habian levantado los pastores para indicar con ellos á los viajeros el camino que debian seguir cuando la llanura estaba cubierta de nieve. En el primer tercio de nuestro siglo Burnes menciona en la descripción de su viaje á Bokhara al mismo animal, que, segun los informes por él recibidos, es llamado *rasse* entre los kirguises, y con el nombre de *kuschgar* entre los moradores de los países mas bajos; es de mayor tamaño que una vaca y menor que un caballo; su color es blanco; presenta bajo la mandíbula pelos largos y colgantes; vive en las alturas mas frias; es cazado con afán por los kirguises, á causa de su sabrosa carne; se le mata con flechas, y su cuerpo es tan pesado, que se necesitan dos caballos para poder llevarlo. El teniente Wood, compañero de Burnes y autor de la descripción de un viaje á las fuentes del Oxo, hace distincion entre el *rasse* y el *kuschgar*, diciendo, tocante al último, lo que sigue: «Despues que hubimos llegado á una altura de 13,500 piés de elevacion cerca de las fuentes del Oxo, vimos esparcidos por todas partes cuernos de carnero, restos de los animales muertos por los cazadores kirguises. Algunos de estos cuernos eran de un tamaño extraordinario y pertenecian á un animal que parece ser un intermedio entre la cabra y el carnero, y habita las estepas de Pamir, formando rebaños de centenares de individuos. Las puntas de los potentes cuernos salían por encima de la gruesa capa de nieve y nos indicaban la direccion del camino; en los sitios donde habia gran cantidad de ellos amontonados en forma de semicírculo, nuestros guías reconocian luego que en ellos habia acampado durante el verano una caravana de kirguises.» El mismo viajero añade mas tarde que él vió uno de esos carneros con sus propios ojos: «Era un magnífico animal, de la talla de un potro de dos años, con respetable barba y soberbios cuernos, los cuales, juntamente con la cabeza, eran tan

pesados, que era menester un grande esfuerzo para levantarlos del suelo: el cuerpo vaciado constituía ya una verdadera carga para un caballo. La carne era dura y mala, si bien debe ser mucho mejor y mas sabrosa en otoño.» Despues que Blyt hubo comparado un par de cuernos del animal traídos por Wood, reconoció en el citado carnero que no era, ni el argali, ni ninguno de sus congéneres de América, por lo que le describió dándole el nombre de *carnero de Pamir*, en honor de Marco Polo, que fué el primero en describirlo. Nada mas supimos tocante al célebre animal hasta los últimos tiempos, y estaba reservado á Sewerzoff y á Przewalski el darnos á conocer, no solo el aspecto y color del mayor de todos los carneros salvajes hasta aquí descritos, sino que tambien las costumbres y régimen del mismo. Sewerzoff, que ha descrito unas cuatro especies de carneros salvajes encontradas por él en Thianschan y reconocidas como distintas por él mismo, halló en las elevadas regiones de la parte superior del Naryn las huellas del rumiante, no conocido hasta aquí mas que por los cuernos, y no solo pudo reunir un gran número de estos con los cráneos, sino que tambien tuvo la suerte de poder apoderarse de varios de los animales en cuestion, á los que dió el nombre de *katschgars*. Casi al mismo tiempo que él describieron tambien á este carnero Stolicza (1874) y Przewalski (1877), de manera que actualmente podemos nosotros dar á continuacion una descripción completa del animal.

CARACTERES.—El *katschkar* (*Ovis Polii Caprovii Polii*) tiene la talla que le fué atribuida por Burnes: el macho adulto, segun Stolicza, mide 1^m,96 de largo y 2^m,04 aun sin contar la cola, segun Sewerzoff; la cabeza 0^m,35; la cola 0^m,11; su altura hasta el hombro es de 1^m,20; pesa 230 kilogramos. El cuerpo es robusto, las piernas fuertes, enjutas y bien conformadas; la cabeza, que el animal ha de llevar siempre erguida, es, á pesar de la nariz ligeramente arqueada y del hocico inclinado, muy expresiva; los ojos regularmente grandes y vivos; la pupila parda, las orejas proporcionalmente pequeñas, delgadas y puntiagudas; tiene grandes y profundos lagrimales. Los cuernos del macho viejo, casi triangulares y cubiertos de pliegues mas ó menos visibles en toda su superficie, están muy cerca el uno del otro en la base, contorneándose luego gradualmente en un ancho arco hácia atrás y afuera, describiendo un círculo perfecto, y se vuelven otra vez en la misma direccion con sus puntas comprimidas: teniendo en cuenta su curvatura miden 1^m,50 de largo, y su circunferencia en la base es de 0^m,50.

El pelaje se prolonga en la parte superior de la cabeza y la nuca, formando alrededor del cuello una melena de pelos bastos, lanudos y de 0^m,13 á 0^m,14 de largo; nóntanse en el dorso fuertes, duras y muy espesas sedas de unos 0^m,07 de largo, las cuales cubren un bozo extremadamente fino y poco espeso. Segun Stolicza, el color dominante del macho viejo es un pardo mohoso y como blanquecino, el cual cambia en pardo rojizo ó claro en la parte superior del cuello y sobre los hombros; corre sobre el dorso y hácia la cola una línea de color oscuro; los lados y la parte superior de la cabeza son de un pardo gris; el occipucio es muy oscuro; la mitad de la parte inferior del cuello es de un blanco enmohecido y algo manchado de pardo claro; los costados del cuerpo y la region superior de las piernas de un pardo mezclado de blanco á causa de terminar en puntas de este último color los pelos que hay en ella; la cara, las partes inferiores, incluidas las patas y la cola, como tambien una mancha que se nota en las nalgas y se extiende hasta la mitad de la parte superior de los muslos, son de un blanco puro. Sewerzoff supone que la hembra, de la que no pudo apoderarse, era mucho mas pequeña y pesaba casi la mitad menos que el macho, como

en todos los óvidos salvajes por él conocidos; Stolicza, por el contrario, dice de un modo explícito que los dos sexos difieren poco entre sí por lo que mira á la talla; solo la cabeza de la hembra adulta es menos grande, y los cuernos, que medidos en su curvatura tienen á lo mas 0^m,40 de largo, son relativamente pequeños, muy comprimidos por los lados, sin bordes en la cara anterior y se contornean en sencillo arco hácia atrás y afuera. El color de la hembra se diferencia tambien poco del del macho: tan solo el gris blanco claro de la parte inferior del cuello no ocupa, por punto general, tanta extension en la primera como en el segundo; algunas tienen el hocico pardo, y otras completamente blanco; descúbrese en aquellas una mancha oscura al rededor del ojo, la cual se destaca mas y mas en estas. Un macho jóven, muerto por Sewerzoff, era de un pardo oscuro en el dorso, sin mezcla alguna de rojo, de un pardo gris mas claro en los costados, mas claro todavia en el bajo vientre, y las nalgas que son de este último color, se presentan rodeadas por una raya negruzca muy marcada.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Aun no se puede hoy determinar de un modo preciso el área de dispersion del *katschkar*: sin embargo, no parece limitarse á la region de Thianschan y al norte del Tibet, sino que se extiende hasta otras mesetas del interior de Asia. Segun todas las investigaciones hasta aquí practicadas, nuestro animal habita exclusivamente en las mesetas mas elevadas; pero Sewerzoff dice que vive tan solo en las inmediaciones de terrenos peñascosos, los cuales le ofrecen seguro asilo. En la alta llanura de Aksai habita preferentemente la cordillera de Bos-Adyr y los peñascos que se encuentran en la márgen izquierda del Alpascha; evita las regiones escarpadas y salvajes, las cuales deja para los ibex de Siberia ó tekos. El *katschkar* se distingue de otros de sus congéneres en que habita tan solo las alturas mas allá de los confines de los bosques y nunca baja como estos, á las comarcas mas bajas; sin duda por eso dice de él Sewerzoff que es el verdadero musmon de las mesetas altas ó de Pamir, y añade que solo se encuentra en las elevadas llanuras situadas mas arriba de los bosques: sin duda le inducen á morar en tales sitios las sabrosas, aromáticas y nutritivas plantas alpinas que allí crecen, la ejilope, el ajenjo, la salsolea y otras, que son en extremo agradables á los óvidos.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Aunque por las condiciones de su morada el *katschkar* se reúne con el yak salvaje, varios antílopes y en ciertas ocasiones con el kulán ó kiang, observa en el fondo el mismo régimen del argali: Przewalski, á quien debemos las noticias mas detalladas sobre las costumbres del animal, encontró en invierno pequeños rebaños de 5 á 15 individuos, raras veces de 25 á 30, guiados por uno de los dos ó tres machos que hay en cada uno de ellos. El guia generalmente va delante; detiéndose de vez en cuando para explorar los alrededores, y otro tanto hacen todos los individuos de la manada, los cuales, estrechamente apretados unos contra otros, miran con ansiedad hácia el sitio de donde amenaza el peligro. Para mayor seguridad sube á veces el macho á una peña ó colina inmediata, y allí encaramado á lo mas alto y dejando al descubierto su pecho, que brilla á los rayos del sol como el ampo de la nieve, se destaca su figura de un modo bello y esplendente. Przewalski asegura que cuantas veces se ha preguntado á sí mismo cuál de los dos animales era mas hermoso, si el yak salvaje ó el *katschkar*, nunca ha podido darse otra respuesta, sino que cada uno era hermoso en su género: este, por su cuerpo esbelto, por los largos cuernos contorneados, por el pecho de un blanco claro y por su andar majestuoso, merece ser llamado, como aquel, un bellissimo animal de los altos desiertos del Tibet.

Por la madrugada los katschkars pacen en los valles ó en las vertientes de los montes, prefiriendo entre estas las mas suaves y abrigadas contra el viento, desde las cuales es posible descubrir todo el horizonte. Despues de haber escarbado el suelo, se tienden entre el polvo y permanecen allí varias horas, sin moverse del mismo sitio. Mientras la manada descansa tranquilamente, los machos permanecen casi siempre acostados á alguna distancia de esta, á fin de poder descubrir mejor los alrededores, y están continuamente vigilando; si el rebaño se compone tan solo de estos últimos, se tienden los unos muy cerca de los otros y no descuidan nunca el volver la cabeza hácia varias partes.

Przewalski supo por los mogoles que el periodo del celo comienza ya entrado el otoño y que las hembras paren sus pequeñuelos en junio, lo cual concuerda con las observaciones hechas por Sewerzoff; Stolicza afirma quizás erróneamente que el celo tiene lugar en enero. A fines de noviembre

había ya terminado el periodo de este en el norte del Tibet, y lo prueba el hecho de vivir juntos los machos en profunda paz é inalterable concordia, á diferencia de lo que sucede cuando el celo, pues traban entonces encarnizadas luchas entre sí. A ellas y no á los lobos atribuye Sewerzoff la extraordinaria cantidad de cráneos que se encuentran amontonados en algunos sitios. Entre estos cráneos apenas los hay pertenecientes á hembras y pequeñuelos, siendo casi todos propios de machos de cuatro años, de mediana edad y viejos, lo cual deja fácilmente adivinar que los individuos á quienes un día pertenecieron, no fueron víctimas de aquel carniceiro, sino que llevados del furor del celo se mataron mutuamente despues de reñido combate. A no ser esto cierto, los cráneos de hembras viejas y de pequeñuelos serian mas numerosos que los de machos adultos y viejos, pues el lobo podría hacer mas fácilmente presa en los primeros.

Entre los cráneos allí esparcidos no encontró Sewerzoff

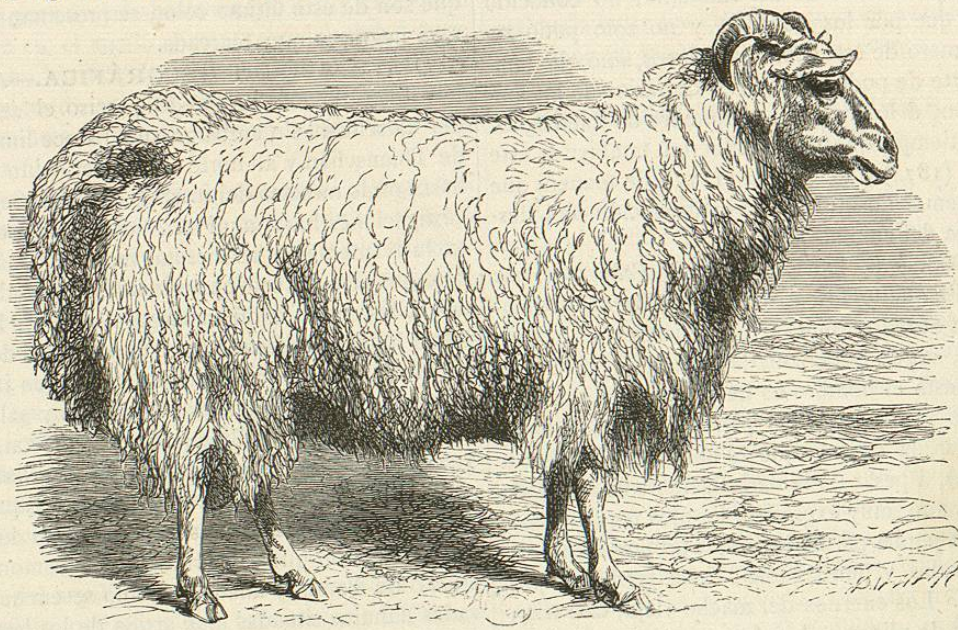


Fig. 259. — EL CARNERO DE COLA GRUESA

ninguno con cuernos iguales á los del mayor macho muerto por él; la mayor parte estaban ya blanqueados, y tan solo había dos que parecían haber pertenecido á katschkars recientemente muertos; el uno presentaba todavía algunos huesos ensangrentados y el hocico roído, al paso que el otro conservaba aun restos de piel y pelos. Del estado de conservación en que todos ellos se encontraban, pudo inferir Sewerzoff que habían pertenecido á katschkars muertos en el pasado otoño, que es precisamente la estación en que comienza el celo. Estos cráneos, entre los que hay también algunos de íbex, no se hallan esparcidos por los valles y mesetas, y si tan solo al pié de peñascos escarpados, en cuya cima se encuentran sitios llanos cubiertos de yerba, que es precisamente la que constituye el pasto preferido por nuestros animales; se puede, pues, suponer con fundamento que dichos sitios servirían como de palenque para sus luchas á los machos muertos, y que el mas fuerte de ellos arrojaría al mas débil al fondo del abismo. No fuera de extrañar que el vencedor, llevado de la violencia de su acometida, se despeñara juntamente con su rival vencido en la profundidad, pues á veces se encuentran dos cráneos á unos diez pasos de distancia, mientras los otros se hallan aislados y lejos de los restantes. No tendría nada de particular que los lobos, aprovechándose del descuido en que indudablemente estarían los katschkars en el ardor de la lucha, se aproximaran á ellos y los arrojasen al fondo de la

sima, mientras las hembras, mas prudentes, podrían hallar su salvación en la fuga; sin embargo, parece declararse en contra de esta suposición la calidad de los cráneos, pues no se comprende por qué en tales ocasiones los lobos no obligaban, así á los pequeñuelos y hembras como á los machos, á precipitarse en el abismo, mayormente siendo como es propio de las primeras, el asustarse y seguir entonces ciegamente tras el macho que las guía. Lo repetimos, la mayor parte de los cráneos pertenecieron á machos ya entrados en edad, lo cual nos dice que serian en muy reducido número los katschkars víctimas de la voracidad de los lobos, en comparación con los que lo fueron de sus celosas rivalidades. No es menester consignar que los citados carniceiros devoran las carroñas de nuestro animal, que se encuentran al pié de los peñascos, y que comparten con ellos la comida los buitres y demás aves de rapiña.

Sewerzoff considera estas luchas como necesarias, ó á lo menos muy útiles para la conservación de las diferentes razas de carneros salvajes, y son en su concepto un modo sencillo, pero eficaz para facilitar la selección natural en favor de los machos mas fuertes y mejor dotados, los cuales transmiten á su descendencia sus poderosos cuernos, sus robustas piernas á manera de resortes, y demás cualidades notables, mejorándose así mas y mas la raza. Como sucede en la mayoría de los rumiantes, un solo macho basta siempre para varias hem-

bras, y de ahí las luchas entre los individuos del primer sexo, á fin de apoderarse de estas, cuya posesión viene á constituir luego el premio del vencedor ó del mas fuerte.

Como los íbex, los katschkars emplean en estas luchas sus robustos cuernos, los cuales les sirven también de grande utilidad cuando corren por las cordilleras, y especialmente cuando saltan: de nuestro animal se cuenta, como del íbex, que al saltar desde una roca se deja caer sobre los cuernos, y se apoya luego sobre las piernas anteriores para no romperse; pero esto no pasa de ser una fábula. Parece mucho mas verosímil lo que por varios conductos se comunicó á Sewerzoff, á saber, que la pesada masa de los cuernos puede ser en extremo conveniente al macho grueso y pesado para conseguir el cambio de equilibrio en sus saltos; la hembra no tiene tanta necesidad de aquellos á causa de su menor peso.

Persiguen al katschkar los mismos carniceiros que al argali; pero aquel tiene además otro enemigo: segun dicen los mogoles, si bien Przewalski no pudo cerciorarse de ello, crecen y se prolongan tanto las puntas de los cuernos en los machos muy viejos, que llegan hasta delante de la boca é impiden comer al animal, condenándole así á perecer de hambre.

CAZA.—En Thianschan generalmente se verifica esta de un modo muy singular por los indigenas: raras veces puede un cazador solo, por hábil que sea, apoderarse de uno de nuestros rumiantes, pues casi nunca caen estos al primer tiro. Por eso los kirguises y cosacos prefieren siempre cazar por parejas: armados de largas y pesadas carabinas, que en el momento de dispararlas deben apoyar sobre una horquilla, van juntos á caballo; acechan la caza; se acercan á ella con el mayor sigilo y bajo el viento, y luego disparan. Si el ani-

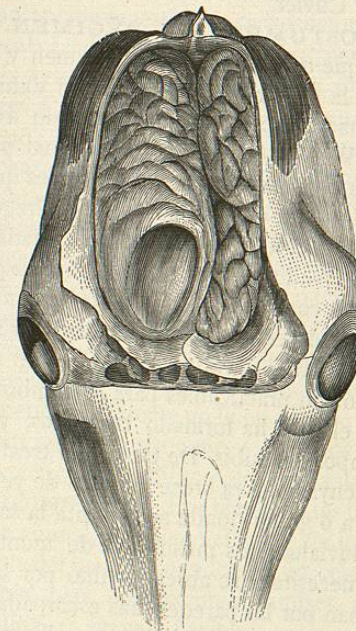


Fig. 260. — CABEZA DE CARNERO ATACADO DE CENURO (1)

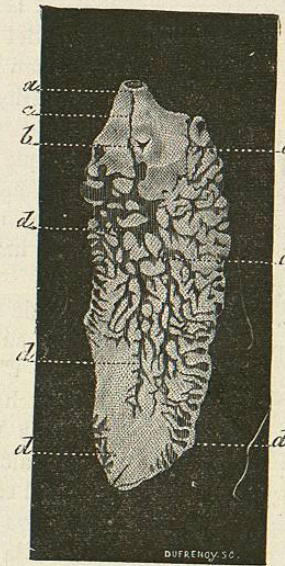


Fig. 261. — DISTOMA HEPATICO DE UN INDIVIDUO NO ADULTO, OCHO VECES MAYOR (2)

mal cae muerto al primer tiro, dase ya por terminada la caza; pero si aquel continúa huyendo, como así sucede las mas de las veces, tómale entonces uno de los cazadores la delantera con toda la velocidad de su caballo, mientras el otro le persigue por todas sus vueltas y rodeos, ó bien se oculta lo mas posible con la esperanza de matarle cuando se le ponga á tiro. En esto consiste toda la dificultad y artificio de la caza del katschkar en el país indicado; necesitase para ello ojo muy penetrante y mucha maña, pues que se trata de recorrer á caballo comarcas desconocidas y de perseguir á un animal que corre luego á ocultarse en sus escondrijos. La extraordinaria resistencia vital del katschkar aumenta considerablemente las dificultades de esta caza: el viejo macho cogido por Sewerzoff fué primeramente herido en una de las piernas posteriores por una bala mezclada con mostacilla, y como á causa de la herida se hizo mas difícil su marcha, y se vió precisado á interrumpirla á menudo, pudieron disparar repetidas veces sobre él los dos cosacos que le perseguían. Una segunda bala le destrozó las entrañas; pero no le derribó; otras dos, que le dieron en los cuernos, le echaron dos veces al suelo, como si hubiera muerto ya; pero volvió siempre á levantarse y á continuar su fuga; tampoco fué bastante á ma-

tarle una quinta bala, que le atravesó los pulmones, y solo la sexta, que le hirió en el corazón, pudo acabar con su vida. Segun cálculos de los cosacos, se había perseguido á la presa por un espacio de mas de diez millas rusas, y el animal había recorrido las tres últimas con dos heridas mortales en su cuerpo. Merece sobre todo llamar la atención la enorme resistencia y elasticidad de sus cuernos: una bala se había aplastado en estos dejando impresa en los mismos una mancha de color de plomo; pero á pesar de la violencia del choque fué rechazada; y una segunda, aunque logró penetrar un poco en ellos, fué también aplastada y cayó luego, sin dejar la menor huella, pues el tejido comprimido por la bala volvió pronto á dilatarse y á recobrar su primitivo estado. La fuerza del katschkar guarda proporción con su poderosa vitalidad: los cuernos, que resisten el impetuoso choque de las balas, se rompen á veces sin causarles el menor daño, cuando luchan entre sí dos machos, disputándose la posesión de una hembra; pues el animal soporta los golpes en el borde anterior de los cuernos al modo que los demás óvidos, causándole tan solo una sensación dolorosa los que recibe en los lados de aquellos.

(1) Tamaño casi natural.—Cenuro en el lóbulo anterior derecho del cerebro.

(2) a, ventosa bucal; b, ventosa abdominal; c, esófago; d, d, d, ramificación del intestino. (No son aparentes por todas partes, á causa de su contracción.)